

R. F-c / LET

PROLEGÓMENOS DE ANATOMÍA.

APUNTES TOMADOS Á VUELA PLUMA

DE LAS LECCIONES EXPLICADAS

por el

DR. D. JOSÉ DE LETAMENDI,

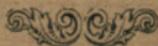
ORDENADOS POR

D. Guillermo Serra y Bennasar

Licenciado en Medicina y Cirugía,
Ex-alumno interno (por oposición) del Hospital de Sta. Cruz
de Barcelona, Socio de Mérito (premiado) del Instituto
Médico Valenciano, Académico C. de las Reales
Academias de Medicina y Cirugía de Bar-
celona, Coruña, Murcia, Palma, Sevi-
lla, Valladolid y Zaragoza,
Socio Corresponsal (premiado) de la Sociedad
Ginecológica española,
Miembro de la Sociedad francesa de Higiene, de París, etc.

PRECEDIDOS DE UN

BOSQUEJO BIOGRÁFICO Y EL RETRATO DEL INSIGNE MAESTRO



PALMA DE MALLORCA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE AMENÜAL Y MENTANER

1897

R. 180.945





BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0700395700



PREÁMBULO

Dos motivos, á cual mas poderoso, me inducen á publicar este trabajo.

Aun que, entre los que tuvimos la fortuna de empezar los estudios de la Facultad bajo la dirección de tan insigne Maestro, corrían de mano en mano varios *apuntes* de sus originalísimas é incomparables lecciones de «Prolegómenos de Anatomía», tomados directamente de sus explicaciones por algunos alumnos, si bien los habrá que los conserven cual preciosa alhaja, en cambio otros los habrán extraviado, y los más ni siquiera llegaron á poseerlos.

Convencido de que unos y otros—es-

R.180.945

pecialmente los últimos —han de apreciar su publicación, y más todavía los que no han tenido la suerte de oírse las explicar al eximio profesor, me he atrevido á poner la mano en una copia de aquellos apuntes —que anheloso adquirí cuando estudiaba la asignatura —para ordenarlos y corregirlos; siendo inútil ponderar cuan castigada ha de resultar con ello la forma expositiva, pues fuera quimera absurda soñar siquiera en la posibilidad de imitar ó substituir la insinuante frase é imágenes brillantísimas peculiares de Letamendi; pero á pesar de esto, aun que en lenguaje menos ameno, siempre resaltan aquellos cuadros de biografía orgánica, aquellos retoques psico-fisiológicos y aquellas ingeniosísimas comparaciones por él empleadas para facilitar la comprensión de la manera de ser del organismo, y de la formación y constitución de los diversos tejidos, aparatos y sistemas.

Impulsado por un sentimiento de profunda gratitud hacia el esclarecido y para mí inolvidable Maestro (cuya explicación se verá en el bosquejo biográfico del mismo), y por las consideraciones que llevo expuestas, me he decidido á dar á la estampa estos apuntes, extracto de aquellas *lecciones* admirables, que no se

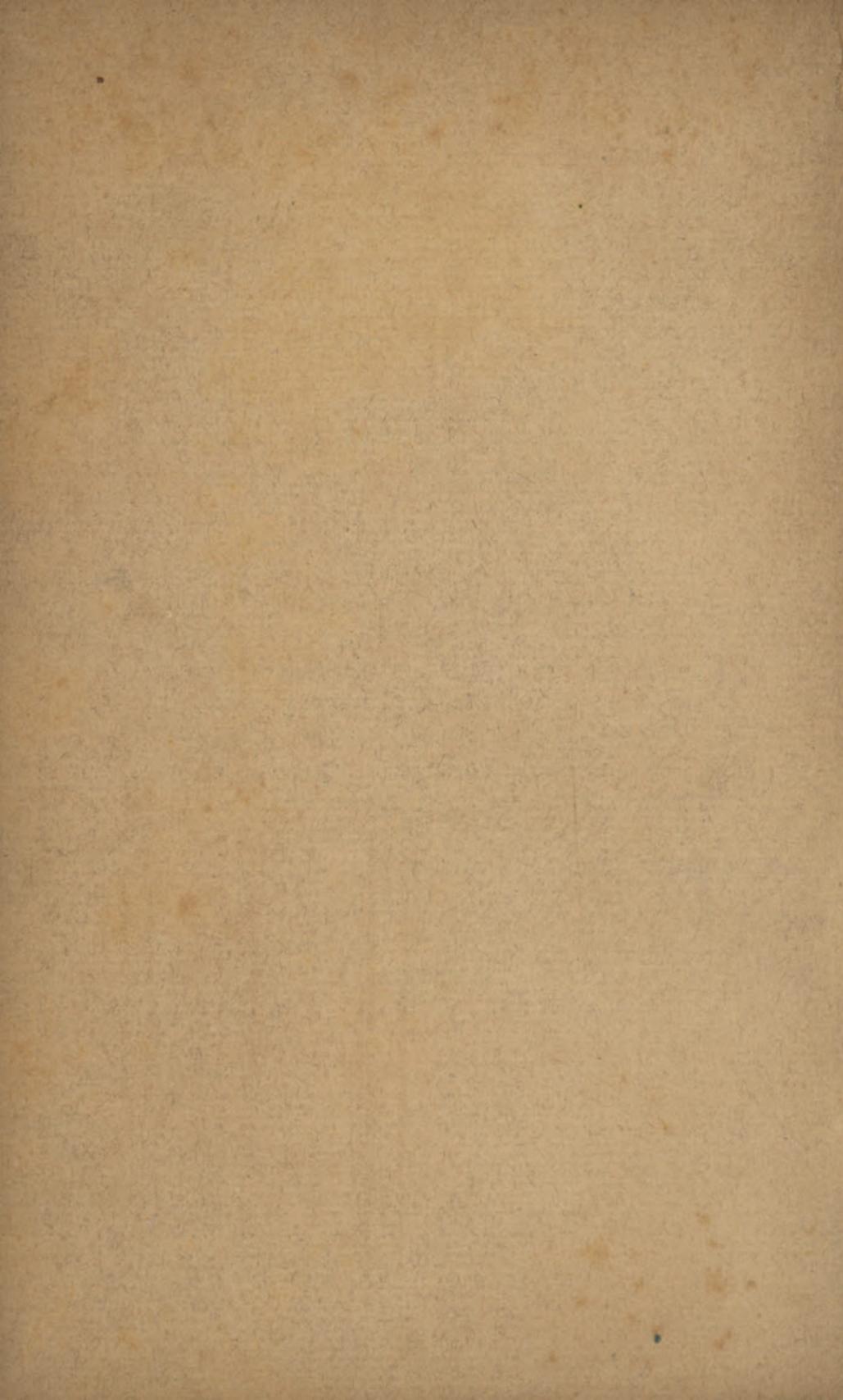
encuentran en ninguno de los tratados magistrales de Anatomía.

Pero antes de entrar en materia, y como final de este preámbulo, advertencia, prólogo ó como quiera llamársele, debo hacer constar:

1.º Que en algunos asuntos tratados por Letamendi en discursos, artículos y folletos, disto mucho de apreciar las cosas de igual manera que él; y

2.º Que para confeccionar su biografía he aprovechado muchos de los materiales reunidos en los excelentes trabajos biográficos publicados, en 1892 y 1894 respectivamente, por los distinguidos escritores médicos Sres. Comenge y Batllés, y en varios de los artículos necrológicos que le ha dedicado la prensa periódica.







Doctor D. José de Letamendi

n. el 11 de marzo de 1828.

† el 6 de julio de 1897.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

— DEL —

Ilmo. Sr. D. José de Letamendi



GRAN conmoción produjo en el mundo científico la noticia de la muerte del insigne Maestro, aun que prevista desde algún tiempo no por eso menos sentida, y contados han sido los periódicos y Revistas que no le hayan dedicado un recuerdo ó nota necrológica más ó menos extensa.

En una de éstas—publicada en una Revista de Medicina—se hace la siguiente gráfica apología del finado: *En su juventud fué un héroe, después un genio, y mas tarde un fenómeno enciclopédico digno de admiración por todos conceptos.*

Efectivamente, «en su juventud fué un héroe», como se verá mas adelante.

Aprendió desde mozuelo á pensar por cuenta propia; siempre anduvo desligado de la rutina, discutió los cánones antes de acatarlos, y fué dueño de su razón enfrente de la consuetud y de las autoridades científicas.

De jóven se pareció á Espronceda; de viejo á Ambrosio Pareo.

Reformador médico más sábio, honrado y cortés que Paracelso, más dulce que Barthez, más lógico que Brown; anatómico de la fibra de sus paisanos Bonells y Lacaba, hábil cirujano, filósofo insigne, perito en ciencias económicas, feliz organizador de la enseñanza y artista en sus manifestaciones; en literatura cultivó el género de los que le hacían sentir y pensar; en música, Wagner y Mozart le cautivaban; en pintura, Miguel Angel y Velázquez; en medicina, Hipócrates y él.

Pudo ser rico y murió pobre; estar cubierto de cruces y cintajos; y los despreció, aceptando únicamente la cruz de Beneficencia de 1.^a clase, que se le concedió en recompensa de los servicios extraordinarios y *gratuitos* que prestó en Barcelona durante las epidemias del cólera de 1854 y 1865; pudo alcanzar brillantes posiciones en la política, y prefirió ser amigo de sus discípulos y editor de sus obras; no buscó más cargos que los científicos y aquellos que le colocaban en situación de mejorar la enseñanza, defender á la clase médica y remediar á los infe-

lices. Durante su vida puso buen cuidado en ser Letamendi, no parecerse á nadie y ser digno de imitación y alabanza.

No ignoraba lo que valía; no olvidó lo que ignoraba, pero tampoco lo que á muchos faltaba para llegar hasta él. Consideró como á sus mayores enemigos á los malvados y á los estúpidos, á éstos casi tanto como aquéllos; compadecía á los mediocres, odiaba á los logreros en medicina, le repugnaban los pedantes, desdénaba á los pacatos, aplaudía á los aplicados y despiertos, y amaba á sus discípulos.

Ha sido Letamendi todo inteligencia; estaba su magín en germinal perpetuo y siempre vivió por y para su cerebro que, al decir de un publicista eximio, tenía un órgano sublime y desconocido, merced al cual sobresalió en todo y en todas partes fué el primero. ⁽¹⁾

Innumerables son los trabajos biográficos, bocetos y semblanzas que acerca del genial maestro se han escrito y publicado, de algunos de los cuales considero oportuno transcribir los siguientes conceptos:

Si es cierto que el estilo es el hombre—dice D. Enrique de Sierra y Valenzuela—, en pocos hombres como en el Dr. Letamendi se confirma

(1) LUSCINDA (Luis Comenge): *Bocetos médicos: LETAMENDI*; *Revista de Ciencias Médicas de Barcelona*, noviembre y diciembre de 1892.

este apotegma; porque nadie como él sabe revelar en cualquier párrafo de sus escritos, y cualquiera que sea la materia de que trate, todas las actitudes y aptitudes de su inteligencia, todos los rasgos de su fisonomía moral y científica, y toda la vasta latitud en que se extiende su genio, semejante al rayo en la viveza de la concepción y al duro bronce en la solidez del juicio.

¿Vale el Dr. Letamendi?—pregunta el Doctor D. Angel Pulido—y á renglón seguido contesta: Lo incalculable; es la monstruosidad intelectual de estudio mas difícil y curioso que conozco. La naturaleza le hizo original, y exagerando él por voluntad propia esta disposición, ha concluido por ser una actividad, un organismo, un sér que no se parece mas que á sí mismo.....

D. Eusebio Passarell concreta el conjunto de cualidades que adornaban al ilustre catedrático, en la siguiente ingeniosa fórmula algebraica:

Talento × *imaginación* × *actividad* × *personalidad* × *brio*—LETAMENDI.

Cuenta el Dr. D. Mariano Batllés, que á poco de haber llegado Letamendi á Madrid y tomado posesión de su nueva Cátedra, el reputado profesor de Anatomía de aquella Facultad de Medicina, D. Rafael Martínez y Molina, justamente apellidado *la perla de San Carlos*, asombrado por el torrente de frases ingeniosas que continuamente brotaba de sus labios, dijo á sus ami-

gos: «Es preciso pagar un taquígrafo que le siga de continuo, que recoja sus frases y escriba cuanto diga».

Con pocos hombres como Letamendi—dice el Dr. Giné y Partagás—, pronto sería preciso ensanchar el mundo, porque nos vendría estrecho.

Sendas páginas podría llenar transcribiendo comparaciones hechas por Abascal, E. Blasco, Hurtado, Menéndez Pelayo, Nieto y Serrano, Ortega y Munilla, Pidal y Mon, y otros ilustres literatos; sin embargo, por lo gráfica y original, me permitiré copiar la siguiente del discurso biográfico leído por el Dr. Batllés y Bertrán de Lis, en la solemne fiesta celebrada por el Claustro de la Facultad de Medicina de Barcelona, el día 13 de octubre de 1894, en honor de los insignes anatómicos Gimbernat y Letamendi:

Yo creo que Letamendi—dice el Dr. Batllés—, bajo el punto de vista cerebral puede compararse al insigne matemático, peritísimo ingeniero, conocido hombre político y fecundo é inspirado dramaturgo D. José de Echegaray, que si no ha brillado en otras esferas de la vida científica y artística, es sencillamente por que no se lo ha propuesto, pues su cerebro, admirablemente organizado, como el de Letamendi, se halla dispuesto á todas las grandes concepciones y á todas las creaciones de la inteligencia.

El distinguido literato D. Isidoro Fernández Flores— conocido en la República de las letras con el pseudónimo de Fernán-Flor—, para ponderar la cabeza colosal de Echegaray, decía en un admirable artículo afilegrinado, publicado con motivo del estreno de una de sus mejores obras dramáticas, que allá en el cielo existen diversos departamentos para la confección de las diferentes piezas de la organización humana: en una sección se construyen los miembros inferiores, en otra los miembros torácicos ó superiores, mas allá los troncos, y en un departamento especial se confeccionan las cabezas, las azoteas del cuerpo humano.

Un día—dice Fernán-Flor—iba Dios recorriendo los diferentes departamentos, dando cumplidas instrucciones para la mejor preparación de los trabajos que se ejecutaban en aquellos singulares talleres. Al llegar al departamento en el que se confeccionaban las cabezas, no le gustó como trabajaban aquellos operarios, y tomando con sus divinas manos un poco de la enorme masa destinada para este objeto, hizo una cabeza que, como obra de Dios, resultó perfecta, y la dejó sobre un pedestal, para que sirviera de modelo.

Hubo un día grande pedido de hombres para la tierra: se pedían con profusión brazos, piernas, troncos y cabezas; ya se había agotado la existencia de cabezas, y en la tierra aguardaba

un tronco con sus cuatro extremidades, que sobre el cuello se aplicara esta parte principalísima de la organización; el pedido era urgente y no hubo mas remedio que enviar á la tierra la cabeza modelo, la cabeza ejecutada por las manos de Dios: esta es la cabeza de D. José de Echegaray.

Esto decía Fernán-Flor hace ya bastantes años; yo me permitiré añadir á esta fantasía de tan eximio literato—pues á él sin duda se le olvidó el consignarlo—, que allá en el cielo, además de los operarios destinados á la construcción de las diversas piezas de la maquinaria humana, existe uno, exclusivamente consagrado á combinar las substancias gris y blanca que, con el fósforo correspondiente, han de constituir la masa cerebral.

Este operario—añade el Dr. Batllés—hubo un momento en que se hallaba distraído y confeccionó un cerebro con sólo substancia gris, olvidándose de colocar la blanca en su lugar, y acumuló en aquel cerebro, también distraídamente, todo el fósforo que tenía dispuesto para repartir entre millares de masas encefálicas. Este cerebro, construido bajo la influencia de tantas equivocaciones, es el cerebro de D. José de Letamendi, del eminente anatómico, del castizo literato, del hábil cirujano, del experto médico, del correcto pintor, del orador elocuente, del maestro peritísimo, del sagaz eco-

mista, del sabio filósofo, del competente sociólogo, del músico inteligente, del concienzudo matemático, del erudito políglota, del inspirado poeta, en una palabra, del hombre enciclopédico que con su inmenso talento, su vasta ilustración y su imaginación calenturienta, es el asombro de la generación actual, y lo será, sin duda alguna, de las generaciones venideras.

*
* *

A un entendimiento poderosísimo, reunía Letamendi una intuición muy perspicaz; en cátedra, su mirada de águila abarcaba toda la clase y ninguna acción de los alumnos le pasaba desapercibida; así es que á mediados del curso los tenía ya clasificados á todos *in mente*, sin conocer siquiera sus nombres, y en los exámenes, con solo mirar al examinando adivinaba desde luego el alcance de sus conocimientos. Con su genial erudición fascinaba á sus discípulos; jamás pasó lista, porque el número de éstos que asistían á oír sus lecciones superaba siempre al de los alumnos matriculados en la asignatura.

Tenía un gran corazón, y así como trataba con frialdad y hasta con desdén á los pedantes y desaplicados, era benévolo y condescendiente con los estudiosos y humildes, dentro siempre de la mas estricta justicia, á la que todo lo subordinaba.

Voy á citar dos episodios que estereotipan la nobleza de sentimientos y franqueza de carácter con que procedía en todos sus actos. Uno de ellos me compete personalmente, y no encuentro manera de exponerlo más adecuada que la transcripción de la siguiente carta, que oportunamente le dirigí:

Palma 8 de julio de 1894.

Ilmo. Sr. D. José de Letamendi, Catedrático de la Facultad de Medicina en la Universidad Central y Senador del Reino.

MADRID.

Muy distinguido señor mío y respetable maestro: El día 27 de abril de 1874 fué un jóven á visitarle en su casa de Barcelona, y con voz trémula le expuso el objeto de su visita en estas ó parecidas frases: «Soy un pobre estudiante que acabo de terminar la carrera de medicina; falto de medios para comprar libros, he tenido que valerme de apuntes y de uno que otro autor que me ha prestado algún compañero en las épocas de exámenes; de consiguiente estoy muy lejos de poder sostener disquisiciones teóricas sobre los diferentes puntos que abarca la carrera. Soy casado y tengo hijos, y me urge graduarme para trasladarme á mi país; pasado mañana es el día señalado para el primer ejercicio del grado, debiendo juzgarme el tribunal del que V. forma parte, y vengo á solicitar su benevolencia, pues sin ella dudo poder salir bien del paso».

Después de contemplar V. S. un buen rato á su atrevido interlocutor, le dijo:

¿Sabe V. que sólo caben dos contestaciones á su petición?

Sí, lo sé, contestó el solicitante, mas turbado todavía.

¿Y cuáles son? añadió V. S.

Cojeme por un brazo y acompañarme hasta la puerta, ó decirme: Preséntese tranquilo al examen.

Lo ha acertado V., replicó V. S., y después de reflexionar un rato, le alargó la mano y le dijo: «Tranquilícese V. y... hasta pasado mañana en el Tribunal; pero permítame que le

dé un consejo—añadió—y es que, cuando sea médico, estudie V. á fin de recuperar el tiempo que las circunstancias no le han permitido aprovechar debidamente, pues tengo la convicción de que le sobran facultades para ello».

Han transcurrido veinte años, y durante este lapso de tiempo aquel jóven no ha olvidado un momento su consejo, pues han sido muy contadas las noches que se ha ido á la cama sin haber estudiado un par de horas, y, por las dos adjuntas monografías—ambas premiadas en públicos certámenes—podrá V. S. juzgar si los resultados han correspondido á su predicción.

Con esta oportunidad reitera á V. S. el testimonio de su respeto y profunda gratitud su afectísimo S. S.

q. b. s. m.

G. SERRA Y B.

En el otro episodio fué protagonista el actual Catedrático de Anatomía en la Facultad de Barcelona, D. Mariano Batllés, el cual lo refiere en los siguientes términos:

En la *Gaceta* se publicó el tribunal que había de juzgar los ejercicios de oposición á las cátedras de Anatomía vacantes en las Universidades de Zaragoza y de Granada.

Era yo—dice el Dr. Batllés—uno de los opositores que habían de actuar en aquel torneo científico.

De los siete jueces de que se componía aquel respetable tribunal, en el que figuraban notabilidades en las ciencias médicas, únicamente conocía á D. José de Letamendi.

Desde Valencia—en donde residía á la sazón—le escribí pidiéndole amparo y protección en aquel duro trance, pues era la vez primera que

me lanzaba á una lucha científica de tanta importancia y trascendencia.

A mi carta suplicatoria, me contestó en estos lacónicos expresivos términos, que excuso decir me hicieron el efecto de una ducha fría: *La encomienda de jurado abule la propia personalidad y hay que atenerse, no á lo deseado, sino á lo debido.*

Llego á Madrid, y después de verificado el sorteo de trincas le encuentro en la calle de Atocha, me llama, me aproximo á él y me dice las siguientes textuales palabras: «Desde hoy quedan interrumpidas entre nosotros las relaciones de amistad; entre V. y yo no deben existir otras que las que mediar deben entre el juez y el opositor».

* * *

Nació mi biografiado en Barcelona el día 11 de Marzo de 1828, siendo sus padres D. José de Letamendi y Borés, Comisario de Guerra, y D.^a Mariana Manjarrés y Valdés. Su padre falleció cuando él apenas había cumplido ocho meses, quedando la desolada viuda en situación sumamente precaria, sin recursos con que atender á las necesidades de sus dos hijos: el que había de ser gloria legítima de la medicina patria, y una niña de pocos años.

El niño fué creciendo en medio de las penalidades y privaciones impuestas por la escasez



de recursos, atendida la cual, un pariente indicó á la madre la conveniencia de dedicar al muchacho á un oficio ó industria manual, á lo que aquélla se opuso terminantemente: el cariño materno había adivinado por intuición las excepcionales aptitudes del futuro Maestro, y desafiando las privaciones é imponiéndose toda clase de sacrificios, se propuso consagrarle al estudio, á cuyo efecto solicitó y consiguió matrícula gratuita en el Seminario conciliar de Barcelona como *pobre de solemnidad*, en cuyo establecimiento ganó, desde 1838 á 1842, los cuatro cursos de Gramática y Retórica latina, con notas de Sobresaliente. Luego estudió en aquella Universidad los tres años de Filosofía, siempre con nota de Sobresaliente, alcanzando el título de Bachiller *nemine discrepanti*, todo *gratis* también por su reconocida pobreza.

A consecuencia del bombardeo que sufrió Barcelona el año 1842, pasó la ciudad una crisis tremenda, cuyos efectos hubieron de sentir especialmente las clases proletarias, y la madre de Letamendi, para dar pan á sus hijos, vióse precisada á recurrir á la beneficencia domiciliaria oficial, que hubo de establecerse para socorrer á las familias más necesitadas.

Este hecho hubo de afectar profundamente al jóven estudiante y tal vez influyera bastante en sus ulteriores destinos.

Restablecido el orden y apenas normalizada

la situación en la ciudad condal, ante las escaseces de la familia, que no bastaban á vencer todos los sacrificios de la heroica madre, surgió en la mente del muchacho una idea atrevida, que no tardó á poner en práctica, anunciándose en los periódicos para dar lecciones privadas de Matemáticas, y como no faltaron personas de valía que, conociendo sus excepcionales dotes, le dispensaron desde luego su apoyo, no tardó en contar con un número regular de alumnos, con cuyo estipendio pudo aminorar las amarguras y privaciones de su virtuosa madre y de su jóven hermana, proporcionándoles una vida algo más desahogada; de manera que antes de cumplir los quince años Letamendi empezó á ejercer el magisterio, noble misión que con excepcional pericia ha venido desempeñando sin interrupción hasta la hora de su muerte, ó sea durante un período de cincuenta y cinco años.

Desde 1845 á 1852 estudió Medicina con notable aprovechamiento, despuntando desde luego por su predilección á los estudios anatómicos, lo que le valió el ser nombrado Ayudante segundo suplente de Anatomía, plaza que luego obtuvo en propiedad mediante oposición. Animado por el éxito de sus primeros ensayos en el *profesorado*, estableció clases de repaso de Anatomía y Disección para sus condiscí-

pulos, y con el producto de las mismas pudo atender á las necesidades de su familia.

El año 1853 descubrió el semisaco posterior ó de complemento de la membrana del humor acuoso en los ojos del perro; descubrimiento que fué comunicado al Dr. Cruveilhier, de París, y más tarde—1859—demostrado por el Dr. Fourquet, en Madrid. ⁽¹⁾

En virtud de oposición, ganó en 1854 la plaza de primer Ayudante y sustituto permanente de la Cátedra de Anatomía.

Se doctoró en 1857, y en septiembre del mismo año ganó, en reñidísimas oposiciones, dicha Cátedra en propiedad, vacante por renuncia del Dr. Seco.

Elevado *oficialmente* á la categoría de maestro, que hacía quince años usufructuaba *privadamente*, no tardó en darse á conocer como clínico experto y hábil cirujano, conquistando en poco tiempo numerosa y escogida clientela, que fué ensanchándose á medida que iba extendiéndose su fama; pero lejos de dormirse sobre sus laureles—como otros quizás hubieran hecho—, enamorado de la ciencia consagróla to-

(1) Hállase consignado el descubrimiento de esta parte anatómica—sospechada, más no demostrada hasta entonces— en la *Reseña de los trabajos ánuos del Instituto médico de Barcelona*, correspondiente á la inaugural de 1867, hecha por el Secretario Dr. Robert, donde se refiere que el interesado ocupó una noche la atención de los socios, disecando, explicando y demostrando su descubrimiento.—(L. COMENGE).

das sus facultades, y, con su constancia en el estudio, sin dar tregua ni descanso á su portentosa imaginación, fué preparando aquella serie de labores, admiración de propios y extraños, y base de su inmortalidad.

En 1854, cuando el cólera morbo invadió el pintoresco pueblo de San Gervasio de Cassolas —hoy agregado á Barcelona—, Letamendi fué nombrado Médico titular provisional del mismo; en el desempeño de cuyo cargo se multiplicó visitando á los pobres, derramando á manos llenas los consuelos de la ciencia y prestando otros valiosos servicios; y una vez extinguida la epidemia, renunció, en favor de los pobres de la localidad, la dieta de veinte pesetas diarias que le asignó el Gobierno civil de la provincia como recompensa á sus trabajos.

Once años mas tarde—1865—se aprestó á luchar otra vez contra el huesped del Ganges, desempeñando GRATIS los cargos de Médico director del Hospital de coléricos del barrio de Hostafranchs (Barcelona) y el de Inspector médico-farmacéutico del 4.º distrito, y una vez terminada la epidemia, cedió además á favor de dicho Hospital el sueldo de Catedrático devengado durante el contagio.

Por estas brillantes campañas, el Gobierno le concedió la Cruz de Beneficencia de 1.ª clase, única condecoración que—como dije antes—aceptó en su vida, además de una Medalla de plata

con que el Ayuntamiento de Barcelona recompensó sus eminentes servicios durante la epidemia de fiebre amarilla del año 1870.

Véase, pues, cuán justificada queda la aserción de que *en su juventud fué un héroe*.

En el ramo de Anatomía, hemos visto que fué un alumno sobresaliente, un ayudante experto, un sustituto inteligente y un peritísimo Director de trabajos anatómicos; solo falta añadir y demostrar que fué también un Catedrático eminente, con método propio de originalidad incomparable en la exposición, palabra gráfica y amena, y que con el escalpelo y la caja de colores trazaba maravillas, apelando además á ingeniosísimas comparaciones para facilitar á los alumnos la comprensión de sus lecciones.

Aparte de los preciosos prolegómenos, cuyo extracto forma la segunda parte de este folleto, citaré, como ejemplos de aquella originalidad expositiva, su manera de explicar los huesos etmoides, temporal é innominado, comparándolos respectivamente, el primero á un burrito con sus alforjas, el segundo á una natilla de las que venden en las lecherías colocadas sobre una hoja verde, y el último á una hacha de hierro cortante; la descripción del anillo inguinal y del mecanismo de la formación de la hernia á través del mismo, figurando con hojas de papel de diferentes matices los diversos tejidos,

desde la piel á la membrana fibrosa que obtura dicho anillo; y por último, la propiedad y exactitud admirables con que trazaba la lengua en una gran vitela, señalando sus componentes á medida que los explicaba, por capas superpuestas de distintos colores, desde su esqueleto fibroso hasta la membrana mucosa ó de revestimiento.

Además pintó también grandes cuadros al óleo sobre asuntos anatómicos, de corrección irreprochable; de manera que, según una frase, ocurrente como suya y recordada con gran oportunidad por D. Felipe Pedrell: «en el ramo de Anatomía ya no le faltaba desempeñar mas cargo que el de *cadáver*».

Veintiun años estuvo al frente de dicha Cátedra, durante cuyo lapso de tiempo son innumerables sus artículos, discursos, Memorias y demás producciones científicas y literarias publicadas en periódicos y folletos, de los cuales sólo citaré los más notables:

Leyes fundamentales de la vida con aplicación al arte de conservarla. Conferencias dadas en el Ateneo Barcelonés, enero y febrero de 1862 (inéditas).

Elementos generales de ciencia con aplicación al método en Medicina. Discurso presidencial del Instituto Médico de Barcelona, 1866.

Discurso sobre la naturaleza y origen del hombre, 1867.

Concepto del hombre. Conferencias en el Ateneo de Madrid, 1868.

Una velada en casa del boticario Truchuela. Celebrada polémica entre los Dres. Mata y Letamendi, que fué reproducida por la prensa de ambos mundos, 1868.

Discurso inaugural del Ateneo Barcelonés, que contiene una serie de semblanzas de sus predecesores en la Presidencia del mismo, 1869.

Ensayo teórico-práctico sobre los medios de mejorar la situación económica de España. Discurso-resumen del debate económico mantenido en el Ateneo Barcelonés, del cual se hizo una tirada de 20.000 ejemplares por cuenta del «Fomento de la producción nacional», que los repartió por todos los centros económicos é industriales de España, 1869.

La oración presidencial en los Fuegos florales, calificada de verdadera joya de la literatura regional, 1872.

Necrología del Ilustre Sr. D. Juan Agell, 1872.

Sistema de inoculación directa de la linfa vacuna. Discurso, 1872.

El pro y el contra de la vida moderna. Discurso inaugural de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, 1874.

Un comentario á Platón, sobre motivos de una pluma de oro. Discurso gratulatorio dirigido á sus alumnos, 1874.

Un pas vers la resolution du probleme de l'anesthesie locale, 1875.

La gimnástica cristiana.

Bosquejo histórico de las formas de derecho que ha revestido la desidia española desde la época romana hasta el presente, 1876.

Filosofía de un carnet y un monedero. Discurso pronunciado en el anfiteatro anatómico de Barcelona el día 22 de Marzo de 1877.

Valor de los estudios anatómicos en el movimiento intelectual contemporáneo. Barcelona, 1878.

Y otros que no recuerdo. Y ¡singular contraste! durante aquel lapso de tiempo nada escribió de Anatomía, excepción hecha del monumento programa razonado que mandó á Madrid, cuando en 1871 intentó hacer oposiciones á la Cátedra de esta asignatura, á la sazón vacante en la Universidad Central; obra que debía imprimirse á cuenta del Estado, según el programa de la convocatoria, y ante cuya grandiosidad se suspendió ésta, y se eliminó dicha condición en la que se publicó más tarde; motivo por el cual desistió Letamendi del expresado intento y permanece inédito aquel magistral trabajo, del cual—dice el Dr. Batllés—alguno de los jueces del tribunal nombrado para las referidas oposiciones, durante el tiempo que obró en su poder, entresacó algunas de las clasificaciones y conceptos originales del Maestro opo-

sitor, que después exponía como de cosecha propia, pues no indicaba la procedencia.

Este silencio, que extrañaban y deploraban médicos y alumnos, indujo al Dr. D. Cayetano Barnús, un día que—allá por los años de 1869—platicaba con él en los salones del Ateneo Barcelonés, á manifestarle esta extrañeza.

—Yo no acierto á explicarme, querido compañero—díjole Barnús—como siendo tu tan consumado anatómico y tan cabal médico disipas tu actividad conferenciando y escribiendo de todo menos de nuestra común profesión.

—Pues, chico, esto se explica fácilmente, contestó Letamendi. Años ha que voy acaparando huevos con que aderezar un buen plato de *crema de Medicina* y, entre tanto, doiéndome, como buen catalán, tirar las claras, hago de ellas merengues para los amigos.

Y era que, no llenando sus aspiraciones el escribir un Sappey más, un Cruveilhier ó un Gegenbaür, esperaba otros tiempos y otro campo para explanar sus ideas reformistas; así es que, veinte años más tarde empezó á servir el *sabroso manjar* anunciado, publicando el tan celebrado CURSO DE PATOLOGÍA GENERAL, y luego, dos años después, el CURSO DE CLÍNICA de la misma asignatura ó *Canon perpetuo de la práctica médica, para uso de estudiantes y aún de médicos jóvenes*, obra no menos original y clásica que la anterior, coronada á manera de apéndice.

ce por 830 aforismos médicos, que contienen en pocos renglones miles de páginas provechosas.

Como muestra me permito transcribir los siguientes, entresacados de las diferentes secciones y grupos en que los divide:

«Al ver que un medicastro improvisa su carrera, mientras la tuya marcha con calma, no desmayes: cada población tiene el tanto por ciento de clientes sensatos, necesario para hacer la fortuna del tanto por ciento de médicos decentes que pueden, por naturaleza, las madres parir; sólo que, como unos y otros son los menos, tardan en encontrarse».

«Téngase por fijo que si un médico decente, ante los éxitos de un medicastro, tratara de imitarle; perecería de hambre y vilipendio. Para obrar mal con éxito, los malos».

»En otras artes el práctico que yerra, yerra; en la médica el práctico que yerra, mata».

«A la hora de recetar ni admitas ni promuevas conversación con nadie y, así y todo, relea tu receta antes que la sueltes de la mano».

«Del médico que no sabe más que medicina, ten por cierto que ni medicina sabe».

«Cuanto más ignorante un médico, más expeditas explicaderas tiene de cuanto aparenta observar».

«Médico que, apenas licenciado, ya se las echa de oculista ó frenópata, etc., causa á los

sensatos efecto parecido al de un feto que, enclavado aún en los isquios de su madre, balbuceara que quiere ser clérigo ó lancero».

«En Medicina, al revés que en la Milicia, hay que empezar sentando plaza de general, para venir más tarde á conocer cual es el arma especial de que puede uno ser más digno soldado. Sólo de esta suerte se llega á especialista sin parar en industrial».

«El diagnóstico abre camino al pronóstico, más no siempre al tratamiento. Mucho es lo pronosticable; poco lo curable, sobre todo en el punto y grado en que se presenta al cuidado médico».

«Desde que se diagnosticaron los eclipses de sol y de luna, se predicen; más no por esto podemos evitarlos ni suspenderlos».

«En Clínica, como en toda práctica, nunca se está más cerca de ver claro y proceder sencillamente, que cuando las cosas han llegado al colmo de su obscuridad y complicación».

«El pervigilio revela en el cerebro irritacion; el insomnio impotencia».

«Del delirio al sueño, buen tránsito; del delirio al sopor, malo».

«En el período de ascenso de los males agudos, la medicación predominante es la causal, en el de crisis y descenso, la fisiológica».

«En toda enfermedad infecciosa aguda, el

aplazamiento de la muerte es garantía de salvación».

«Muchos y muy graves achaques crónicos se curan como se reponen las fortunas caídas por despilfarro: sin más que un formal sistema de economías. Por esto, á menudo, un prudente plan higiénico sana aquello que no pudieron paliar los fármacos más heroicos».

«Nunca certifiqués de la curación de un loco; en último caso, redúcete á afirmar que desde tal ó cual fecha no ha dado tu cliente la menor muestra de sinrazón».

«En el coito, la posición supina no conviene ni á los viejos ni á los apoplécticos, pues trae riesgo cerebral, como ni tampoco á los varones de cualquiera edad incontinentes ó prontos de emisión, porque les extrema este defecto».

«La unión por amor con mujer de ingenio ofrece tres ventajas fisiológicas: 1.^a la de la integridad del afecto, por cuanto abarca cuerpo y alma; 2.^a la del atractivo moral con que ella brinda al reposo erótico, embelleciéndolo, y 3.^a la de los ardidés dilatorios con que, por su claro instinto, aplaza los ímpetus del varón».

«En viendo á joven casada, achacosa siempre y mustia, por malestares irreductibles á diagnóstico de enfermedad ó de embarazo, una de dos: ó exceso ó defecto en la satisfacción de los estímulos sexuales».

«Puede darse en la mujer un vicio no regis-

trado aún en los anales de la concupiscencia: la *mastomania* ó sensualismo de la lactancia Caen asimismo en él no pocas hembras de irracionales. No es raro entre nodrizas, ya solteras, ya viudas, ya apartadas en absoluto de sus maridos; encúbrese bajo manto de abnegación; achácase á exigencias del infante; nace de aberración por metástasis de voluptuosidad del seno abdominal al torácico, y, una vez en la pendiente, consume á un tiempo á la mujer y al niño. Importa, pues, que el médico en esto, como en todo, sea á un tiempo sagaz, discreto y rígido».

«La gula en niño lactante nace, ó de irritación gástrica, ó de insuficiencia cualitativa de la leche. Lo que la escasez de ésta produce al infante, no es gula, es hambre».

«Por punto general, á niño triste, lesión encefálica; á niño frenético, lesión abdominal; á niño soporoso, entrambas cosas indistintamente».

«Los niños son como los pueblos: siempre se quejan con razón, aun que ignoren la razón por que se quejan».

Y estos dos excelentes *platos*, estas dos obras incomparables y originalísimas las confeccionó Letamendi en medio de los constantes rigores y sufrimientos de la larga y cruelísima enfermedad que le ha llevado al sepulcro, aprovechando los cortos períodos de calma entre los paroxismos; circunstancia que por sí sola revela

hasta donde llegaba la energía y la potencia intelectual de este hombre.

¡Cuán de lamentar es que la muerte no le haya permitido terminar la *Historia evolutiva de la Medicina*—que deja muy adelantada—, tercera y última parte del famoso TRIBIBLÓN MÉDICO, que hubiera constituido un monumento científico que honrara á la Medicina española!

*
* *

Vacante en 1878 la Cátedra de Patología general en la Facultad de Medicina de Madrid, accediendo Letamendi á las instancias, ofertas y súplicas de conspicuos personajes, acudió al concurso abierto para proveerla, siéndole conferida con general aplauso.

Apenas instalado en su nueva Cátedra hizo alarde de su espíritu reformista, publicando el *Plan de Reforma de la Patología general y su Clínica*, en cuyo prólogo ó introducción demostraba que «el enseñar los *Preliminares clínicos en Clínica médica*, ó de afectos internos, era *ilógico, impertinente y perjudicial*».

«Por lo pronto—dice el mismo Letamendi, en el prólogo de su *Clínica general ó Canon perpetuo de la práctica médica*,—no pude lograr más que abrir los ojos á cuantos los tenían casi cerrados por el sonambulismo de la rutina. (¡Si serían numerosos los convencidos!) Determiné esperar, porque de voluntades templadas

es adorno y poder la paciencia, y no era cosa de un mes ni de un año transformar un capítulo de un libro en artículo de un Reglamento; más su día llegó, y este fué el 16 de septiembre de 1886, fecha en la cual un Real Decreto daba por vez primera á mi asignatura la denominación oficial de *Patología general con su Clínica y Preliminares clínicos.*»

«Tan satisfactoria reivindicación, aparte la paternidad política del Ministro firmante de aquel documento, fué sugerida por uno de los lectores que en 1878 se habían mostrado mas hondamente identificados con la tendencia de mi referido capítulo: por mi muy querido compañero el Excmo. Sr. Dr. D. Julián Calleja, autor y promovedor de dicho Real decreto, como Director general de Instrucción pública. Cuando yo me disponía á pedirle la reforma reglamentaria de lo que á mi enseñanza interesaba, presentómela ya proyectada *motu proprio*, con algunas otras interesantes mudanzas en los estudios médicos».

Nombrado mas tarde Decano de la Facultad de Medicina, cuéntase que al llamarle el señor Canalejas, á la sazón Ministro de Fomento, para entregarle por su mano la credencial, demostró Letamendi cierto temor de no salir airoso en el desempeño de este destino, por lo antipáticos que le eran los asuntos administrativos, y como el joven Ministro insistiera, en la seguridad de

que había de llenar á la perfección su cometido, acabó por aceptar el cargo, diciéndole: «Sea; pero conste de antemano, Sr. Ministro, que si llego á hacerlo bien será de pura rabia», lo que califica muy acertadamente el Dr. Comenge de primer caso de *hidrofobia* bienhechora, pues de su paso por el Decanato reportó grandes beneficios la enseñanza clínica.

En el prólogo citado relata, con su estilo original y pintoresco, el modo como planteó la reforma.

«Mis predecesores en el Decanato—dice—no habían hallado hábil manera de destinarme una sala de hombres, otra de mujeres, y en ella dos ó tres camas para niños, que era lo que yo todos los años pedía y, á más y peor, la penuria económica del Hospital clínico se agravaba de mes en mes. Tócome en esto el honorífico engorro de ocupar el decanato, y entonces dije para mí:—«Como no aproveche la ocasión de *tener el padre alcalde*, desespere del logro de mis deseos». Y así fué que, estimulado por esta idea, ocurrióseme una de pobre: la de realizar el resto de mi reforma, sin gastar un ochavo, antes ahorrando algunos en beneficio de mis colegas del Hospital clínico. Formé mi plan; propúselo, como Catedrático, á la Junta de Clínicas; ésta lo aceptó y celebró: aprobé luego, como Decano, el acuerdo, á condición de que durante un Curso entero se ensayara extraofi-

cialmente el proyecto. Su ensayo sobrepujó lo esperado; elevé entonces el recurso de propuesta á la Superioridad, y ésta, dignamente representada por el Excmo. Sr. Ministro de Fomento, D. Santos de Isasa, de acuerdo con el Consejo de Instrucción pública, elevó á preceptivo de Real orden, para todas las Facultades de Medicina, el texto del pacto concertado entre el Catedrático de Patología general de Madrid y la Junta de Clínicas, y patrocinado, en vista del éxito del ensayo, por el Decano de la propia Facultad. Desde entonces dispongo, como Catedrático y para sólo los fines taxativos de mi enseñanza, de todo el Hospital de San Carlos, convertido en *Policlinica pedagógica*».

Por su natural actividad é indiscutible talento, la figura de Letamendi sobresalió en todas partes.

Socio fundador del Ateneo de Barcelona—1860—fué luego nombrado Presidente de sección y mas tarde Presidente general del mismo; fué también Socio de Número de la Real Academia de Medicina y Cirugía, y de la Económica Barcelonesa de Amigos del país, Vicepresidente de la Sociedad Filomática y de la Academia de Buenas Letras de Barcelona; iniciador, organizador y Presidente del Instituto médico de dicha ciudad (1866); Socio correspondiente de la Real Academia de Medicina y

Cirugía de Valencia (1867); Mantenedor (1868) y Presidente (1872) del Consistorio de los Juegos florales; fundador, en cooperación con el Dr. D. Santiago Casas (1868), del *Establecimiento dinamoterápico* de Barcelona, para la aplicación como medio terapéutico de la adecuada influencia de las modificaciones etérea, lumínica, eléctrica, térmica, mecánica, etc., primero en España, y que puede competir con los mejores de Europa; Socio honorario del Ateneo de la clase obrera de Barcelona (1869); Vocal de la Junta municipal de Sanidad (1870) y de la Junta consultiva de la Sociedad para Exposiciones de Bellas Artes (1872); iniciador y Presidente de la primera Sociedad española de inoculación de la linfa vacuna directamente de la vaca (1872); Socio Correspondiente de la Sociedad histológica de Madrid, Vocal de la Comisión reformadora de las Ordenanzas municipales de Barcelona, Socio de Número de la Sociedad médica, Socio Honorario de la Academia Médico-científica y de la Taquigráfica de la misma ciudad, y de la Sociedad Antropológica de Madrid (1874).

En 1862 fué Letamendi uno de los comisionados por el Ateneo Barcelonés para informar acerca del barco submarino inventado por don Narciso Monturiol, y para estudiar debidamente las condiciones del *Ictineo*, no titubeó en navegar en él durante cuatro horas y media en

compañía del inventor, sumergido el barco á ocho metros; redactando luego un luminoso y concienzudo dictamen respecto al mismo, especialmente bajo el punto de vista higiénico.

El *Fomento de la producción española*, inaugurado en 1875, puede decirse que es obra de mi biografiado, pues el objeto principal de su creación fué la propaganda de la doctrina económica expuesta por éste.

Ideó y propagó un procedimiento para hacer soportables las inyecciones hipodérmicas de sublimado en el tratamiento de la sífilis. ⁽¹⁾ En 1875 descubrió el método para obtener la *anestesia local* en las operaciones quirúrgicas; descubrimiento que el Dr. Cardenal dió á conocer en «La Independencia Médica»—cuyo escrito reprodujeron los principales periódicos españoles, franceses y alemanes—, y fué acogido con entusiasmo por el ilustre fisiólogo Dr. Vulpian, en vista de los experimentos demostrativos que, á su instancia, practicó en París y en su presencia el citado Dr. Cardenal; habiéndolo incluido desde luego como conquista positiva de la ciencia, los anuarios médicos de España, Francia é Italia; y en 1876 inventó un método operatorio y los instrumentos adecuados para la fácil y pronta operación de las fis-

(1) Véase *La curación de la sífilis*, por el DR. BADÍA. Barcelona, 1873.

tulas rectales y otras, que no pasen de cuatro centímetros de profundidad. ⁽¹⁾

En Madrid—como en Barcelona—todos los Centros científicos solicitaron bien pronto la cooperación de su privilegiada inteligencia, abriéndole de par en par sus puertas el Ateneo, del que fué Presidente, el Ateneo Antropológico, el de Internos, la Real Academia de Medicina y otras corporaciones, en las que cosechó justos aplausos con sus disertaciones y conferencias; fué elegido varias veces Senador del Reino, y durante muchos años ha sido Vocal de los Reales Consejos de Sanidad y de Instrucción pública, en cuyos trabajos tomó parte activísima, dejando sentir en todas partes su poderosa iniciativa.

El cúmulo de trabajo que requería el desempeño de todos estos cargos, á que atendió siempre con febril actividad, no bastó á distraerle de sus aficiones artísticas y literarias, pues además de las producciones anteriormente citadas, publicó las siguientes:

Elementos de lexicología griega con aplicación al tecnicismo médico, precedido de una introducción al cultivo de los idiomas; de cuyo libro, único en su género, se ha dicho que «por claro lo aprenden los alumnos y por útil no lo estudian los médicos». Madrid, 1881.

(1) *La Independencia Médica*, julio de 1876.